

# La meditación: creación de imágenes

Dr. Antonio T. de Nicolás

## Introducción

Desde el Rigveda hasta Platón, el acto de imaginar es la tecnología secreta de los místicos. Si bien la mayoría de las personas se sirven de la fantasía para conseguir los resultados fantaseados por interés del sujeto mismo, y los teólogos se sirven de conceptos para pretender conocimientos y revelaciones, la imaginación ha sido siempre la tecnología de algunas pocas almas, de Oriente y Occidente, en su esfuerzo por repetir el acto divino de la creación, no contaminado por las facultades humanas. Por este motivo, y con el fin de describir en qué se basa esta tecnología, he optado por redactar este trabajo siguiendo las descripciones claras de tal acto tal como se encuentran en los escritos de Ignacio de Loyola, y tal como se sirvió de ellas para preparar sus Ejercicios Espirituales. Esta decisión se debe a la necesidad radical de presentar el modo en que, en la meditación, las imágenes se crean, en vez de tomarse prestadas. Mi tesis es que esta tradición de la creación de imágenes en la meditación se encuentra presente en todas partes en que se practica la meditación. Es común en el hinduismo desde el Rigveda, en el budismo y en el cristianismo, además de en otras religiones. El propósito de esta presentación es poner de manifiesto que en la práctica religiosa no se puede tomar prestada ninguna imagen.

## La Meditación

Ignacio de Loyola está convencido de que la meditación es el camino que conduce a ese espacio interior que se puede revelar, abrir, tocar, descubrir, por medio de ese acto único de creación, privativo de la meditación, y no por ninguna otra criatura, objeto ni sensación. Cree que sólo Dios es poseedor del centro humano (Ejercicios, 316, 322, 329, 330). Pero este centro está cubierto por un sistema de comunicaciones, una actitud natural, una indolencia, que impide que accedan a él los humanos. La iniciación de Ignacio de Loyola en este misterio es un esfuerzo concreto por derribar este sistema de comunicaciones y construir otro nuevo por el que puedan comunicarse Dios y el alma. Dado que el sistema de comunicaciones externas, ha sensibilizado al sujeto por el lenguaje y su repetición, por el empleo de las facultades y la repetición de este empleo, sensibilizándolo hacia una serie de sensaciones corpóreas y a la tranquilidad que producen estas, el nuevo sistema de comunicaciones apuntará precisamente a destruir este hábito, a suspenderlo. Los ejercicios comienzan por el cuerpo humano y terminan por la transformación de este mismo cuerpo humano. El cuerpo es el texto primario y la tecnología primaria, mientras que el discurso acerca de la experiencia es el

«texto secundario» y la «tecnología secundaria». A lo largo de los ejercicios se entrega al ejercitante un lenguaje nuevo, una nueva memoria y una nueva imaginación. Con este readiestramiento, puede surgir una nueva voluntad en armonía con la Voluntad de Dios.

## El Lenguaje y la Voluntad

La primera semana de los ejercicios es un tiempo de pruebas y de formación. Es un tiempo de someter a prueba la voluntad del ejercitante y el cuerpo de esa voluntad. No todos tienen el cuerpo preparado para la meditación en el momento concreto elegido para los ejercicios. Ignacio quiere seleccionar a los que pueden seguir adelante, separándolos de los que deben dejarlo. Con todas las promesas que se encierran en los ejercicios, también pueden ser peligrosos para la salud si no se realizan en las mejores condiciones físicas. Ignacio dice que «los que tienen poco sujeto [poco temperamento, falta de vigor y preparación] no han de pasar adelante» (Ejercicios, 18).

Esta primera semana es un tiempo de violencia a los hábitos corporales del ejercitante. Se le indica que busque un «lugar» (Ejercicios, 29) apartado del lugar al que está acostumbrado o acostumbrada habitualmente: la cueva de Manresa, una habitación solitaria, una habitación distinta de la que se suele ocupar, una casa distinta, un monasterio en el campo, un lugar desacostumbrado, un lugar donde el ejercitante haya de inventarse nuevos hábitos corporales y donde no lleguen las comunicaciones exteriores. También se hacen indicaciones al ejercitante sobre las luces: menos en las semanas primera y tercera, más en la segunda y cuarta (Ejercicios, 79). Se somete el cuerpo del ejercitante a posturas nuevas y estudiadas: de rodillas, postrado boca abajo, de pie con la cabeza baja, paseando despacio, caminando, sentado con el cuerpo erguido (Ejercicios, 74, 75, 76, 77); bajando la vista, levantando la vista, cerrándose a los sonidos, escuchando ritmos especiales tal como lo dicta la meditación (Ejercicios, 81, 258). Debe reeducarse todo el cuerpo del ejercitante hasta que se convierta en una especie de repelente del sistema de comunicaciones externas y de los hábitos que le eran familiares. Deben repasarse minuciosamente, como a cámara lenta, todos los gestos, expresiones del rostro, movimientos corporales, para que el cuerpo se vuelva insensible a lo exterior y empiece a aprender las tecnologías del atender a lo interior y recogerse en él.

Acto seguido, se emplea la voluntad del ejercitante a modo de bisturí para abrir algunas vías de acceso al mundo interior. El ejercitante ya tiene toda su atención apartada del mundo exterior, aunque para conseguirlo haya tenido que cortar en pedazos, uno tras otro, los distintos momentos vividos de su vida, los distintos momentos de un día, de una oración, de una meditación, de un examen de conciencia, de un acto, una mirada, un pensamiento (Ejercicios, 24, 25, 26, 27, 33, 34, 38, 42, 43). Pero en pos de estos actos de la voluntad se

está formando un lenguaje: «dolor intenso y lágrimas», «la fealdad y maldad (...) del pecado» (Ejercicios, 57), la comparación de los atributos de Dios con los tuyos, la sabiduría con la ignorancia, la omnipotencia con la debilidad, la justicia con la inequidad, la bondad con el egoísmo (Ejercicios, 59), «exclamación admirativa con crecido afecto» (Ejercicios, 60), la autocompasión, la gratitud, el asombro, el asco, el consuelo, la desolación (Ejercicios, 62) son los signos de este lenguaje que ha empezado a crear la voluntad a base de convertir toda la vida y cada uno de sus minutos en un horario de trabajo interior donde sólo se oyen las campanadas de la eternidad. Cuando la voluntad llega a habituarse a estos ejercicios, ya no queda sitio para los lenguajes externos y familiares. Corre ahora el reloj de la «región solitaria». El horario de trabajo interior es el que determina ahora la hora de despertarse (Ejercicios, 74), el tipo de oración, de exámenes de conciencia (Ejercicios, 43) y de las meditaciones que realiza el ejercitante, y las conversaciones que llevará al guía de los ejercicios. La oración puede adoptar varias formas; puede ser ligera y relajar las emociones (Ejercicios, 238), o puede centrarse en los siete pecados capitales (Ejercicios, 244), o en las tres potencias del alma (Ejercicios, 246). Puede convertirse en una meditación en la que se consideran todas las palabras pronunciadas (Ejercicios, 249), o que se concentra sólo en los puntos de meditación «donde tuve el sentimiento espiritual más intenso» (Ejercicios, 62). Y, naturalmente, no olvidemos que se ha de adoptar un nuevo régimen de comidas (Ejercicios, 84) y dormir con menos comodidad de la que se acostumbra, y provocar dolor sensible al cuerpo (Ejercicios, 85). Este reloj no se detiene ni siquiera al irse a dormir: el ejercitante ha de prepararse para el día siguiente repasando los puntos principales de la meditación que se hará a la mañana siguiente (Ejercicios, 73). Al despertarse, ha de poner la mente en aquello en lo que va a meditar. El reloj de la «región solitaria» no permite la entrada a ningún lenguaje externo; no hay fisuras entre los ejercicios, «no dando lugar a unos pensamientos ni a otros» (Ejercicios, 74.).

Con todo, los ejercicios espirituales no se pueden comparar con un campamento militar de instrucción de reclutas. Ignacio de Loyola es muy sensible a esto: «Si el que da los ejercicios ve que el que los hace está en desolación o en tentación, no debe ser duro ni severo con él, antes delicado y blando...» (Ejercicios, 17). Y si Ignacio recomienda a veces obrar en contra de las inclinaciones naturales (agere contra, hacer lo contrario, Ejercicios, 13, 16), como, por ejemplo, cuando uno está tentado de no soportar toda una hora de meditación, debe tomar inmediatamente la decisión de alargarla a una hora y media. Hace saber, además, al ejercitante, que todas las cosas que está aprendiendo a hacer no son más que medios para alcanzar un fin. Así pues, estas cosas sólo deben usarse «tanto... cuanto» (Ejercicios, 23) se necesite para alcanzar esos fines. Pues al fin y al cabo los ejercicios son para que el alma se disponga a recibir la Voluntad de Dios, más que las sugerencias del director de los ejercicios, o de los confesores, o de amigos o enemigos: «... es

mucho mejor, al buscar la Voluntad divina, dejar que Nuestro Criador y Señor Se comunique al alma devota...» (Ejercicios, 15).

Los ejercicios de la voluntad y el atisbo de lenguaje que surge levantan alrededor del espacio interior del ejercitante un andamiaje de hábitos interiores, dispuesto a sostener el nuevo cuerpo emergente de la meditación. Pero es entonces cuando se despliega el drama. Al tiempo que el o la ejercitante experimenta la emoción de lo nuevo, experimenta también la pérdida de lo familiar. Al ejercitante no se le ha garantizado que la divinidad vaya a entrar en el espacio solitario, mientras que lo familiar ya no producirá las mismas sensaciones. El ejercitante no puede prever nunca lo que está a punto de suceder, ni si llegará a suceder siquiera. Hay que renunciar a todo, a pesar de lo cual no se puede esperar que se vayan a llenar los espacios vacíos. Para este viaje se requiere pura fe humana, los ejercicios mismos que no dejan de abrir horizontes de lenguaje, y memoria, además de su previsibilidad. El ejercicio es ahora la memoria.

### La memoria y la previsibilidad

El origen del cristianismo era una experiencia que había sucedido ya. Surgió fuera del tiempo, con la Trinidad, y entró en el tiempo como Segunda Persona de la Trinidad, a través de los misterios de la Encarnación y la Redención. Para todo cristiano, saber es recordar, precisamente por el hecho de que esta experiencia ha sucedido ya. Los cristianos se constituyen en comunidades y en una religión por la memoria; lo que los une como comunidad es el terreno común de la memoria, sobre el que se apoyan todos. El cristianismo no podría articularse sin la memoria. Cristo ha establecido ya la ley interna de la comunidad: «Haced esto en recuerdo mío» (Lucas 22, 19). E incluso cuando el Padre envíe, en nombre de Cristo, al Consolador, al Espíritu, lo hará para «traer todas las cosas a vuestro recuerdo» (Juan 14, 25). Ser cristiano es, principalmente, vivir de la memoria, dar vueltas a la memoria, guardar recuerdos, convertir cualquier señal, sea cual sea su origen, en un punto de memoria, articular esas memorias para que siga activa la memoria. Esas memorias son el recuerdo de la Voluntad de Dios en funcionamiento. Son la memoria de un pasado presente activamente y que por tanto, al ser la Voluntad de Dios, tiene futuro. Es una memoria que organiza el futuro haciéndolo previsible. Aunque no sin esfuerzo y participación humana. Hablando con rigor, los Ejercicios Espirituales son una sarta de memorias, de puntos de memoria. Ni siquiera el texto de los ejercicios está allí para leerse con el fin de adquirir información, edificación o satisfacción. Todas y cada una de sus palabras están talladas lenta y cuidadosamente, hasta convertirse en un punto de memoria para la acción o para crear memoria.

El viaje de la voluntad del o de la ejercitante, que desmenuza su vida en busca de pecados; el reparto del día en ejercicios de la voluntad para descubrir faltas, para eliminar faltas: estos ejercicios son, principalmente, ejercicios de

memoria: memorias que avanzan y retroceden, suben y bajan dentro del ámbito de una vida humana. La meditación comienza «trayendo a la memoria» el primer pecado de los ángeles (Ejercicios, 50); «trayendo a la memoria» el pecado de Adán y Eva (Ejercicios, 51); «trayendo a la memoria» nuestros pecados (Ejercicios, 52), todos los pecados de mi vida (Ejercicios, 56), año por año, lugar por lugar, atendiendo a los lugares donde he vivido, las conversaciones que he mantenido, el trabajo que he hecho (Ejercicios, *ibid.*); trayéndolo a la memoria para instruir con ello al entendimiento: «para que el entendimiento, sin vagar, pueda razonar con concentración repasando los recuerdos [memorias] de las cosas contempladas en ejercicios anteriores...» (Ejercicios, 64). Ignacio se propone literalmente, a lo largo de los Ejercicios, «traer todas las cosas al recuerdo». Pero traer todas las cosas al recuerdo nos exige ciertos cambios de tecnología. Se requiere el esfuerzo humano en todos los casos.

Ignacio de Loyola compartía con los demás místicos de su tiempo unos hábitos de lectura distintos de los nuestros. En uno de los primeros capítulos de su autobiografía (*Vida*, 6 y 7) nos cuenta cómo solía leer para fijar puntos de memoria y visualizar las cosas que hacían los santos y que él también podía hacer. Con esas memorias, soñaba después en hacer cosas mayores al servicio de Dios. Ignacio mantenía así su mente bien ocupada. Ignacio adquiría conocimiento a través de la experiencia de la meditación, y no a base de razonar los misterios del cristianismo. Es verdad que los Ejercicios aplican las tres potencias o facultades del alma, pero mantienen su cohesión a través de la memoria, o convirtiendo todas las cosas en recuerdo. El vuelo del alma acabará teniendo lugar por la imaginación.

Pero no es tarea fácil convertir todas las cosas en recuerdos. Las memorias del cristianismo no son hechos históricos, no son actos realizados por seres humanos sobre seres humanos o sobre la naturaleza. Para convertir todas las cosas en recuerdo es preciso realizar un acto hermenéutico radical. ¿Cómo recordar «las ánimas del infierno», o la Trinidad antes de la Creación, o el pecado de los ángeles, o que Cristo usó sus cinco sentidos, o incluso nuestros propios pecados, sin una reinterpretación radical de estas claves cognitivas en vista de la experiencia que ya sucedió? Para el cristiano, estas son memorias vivas, y, por tanto, recuperables. Evocarlas es llamarlas, y, por tanto, se pueden articular con el lenguaje. Son el lenguaje en que tiene lugar la imaginación. La imaginación actúa sobre estas unidades de memoria. Este banco de memoria es la única seguridad de que dispone el ejercitante de que el sistema funciona; es el lenguaje del cristianismo, es su sistema de comunicaciones. Es en este sentido, de memoria en uso, en el que la memoria actúa en el sistema con un elemento de previsibilidad. La memoria, al volver atrás, vivifica al ejercitante y garantiza el futuro. La memoria media en todos los actos humanos: es lenguaje y es vida humana divina.

### La imaginación como desmembramiento individual

El lenguaje, para no convertirse en lengua muerta, debe ser usado, hablado, escrito. Las memorias quedarían muertas si no se activaran por actos de imaginación.

A diferencia de las prácticas de la psicología contemporánea, en las que se guía la imaginación de tal modo que los individuos y los grupos comparten una misma imagen y se les guía en el acto de imaginarla, o en las que las imágenes arquetípicas son el objeto, la meta y la identidad de la imaginación, Ignacio de Loyola, de manera bastante sorprendente, deja al ejercitante enteramente a sus «propias capacidades» (Ejercicios, 18) al guiarlo en el acto de imaginar. Ignacio proporciona puntos de memoria, describe el modo de imaginar, pero las imágenes que se imaginan no figuran en los Ejercicios. La imaginación en sí es un ejercicio que ha de realizar el ejercitante. Esto puede entenderse porque Ignacio no puede recurrir a ninguna reserva existente de imágenes con el fin de corregir errores de identidad. No puede recurrir a ningún campo subjetivo de imágenes con el que pueda estar más o menos familiarizado el sujeto, pues los individuos ya han experimentado transformaciones, creaciones incluso, a través de algunas de estas imágenes. Ignacio aparta al ejercitante de cualquier banco de imágenes, subjetivo u objetivo, y lo transplanta a un campo sin imágenes, donde la ausencia de imágenes forzaría el ejercicio de crearlas. Esta manera de imaginar es la más potente, pues no se apoya en imágenes que alguien haya creado de antemano. Ni el ejercitante ni el mundo tienen las imágenes de los ejercicios de imaginación. Las imágenes que han de nacer proceden de un puro poder de imaginación que no sólo abarca el acto de imaginar, sino también el acto de crear las imágenes.

Esta estrategia de Ignacio es tan ardua, que se apoya más en las tecnologías mismas de la imaginación que en ninguna imagen determinada. De aquí su insistencia en la tecnología de la concentración con el fin de hacer salir la imagen pura, la imagen no contaminada, la imagen en soledad perfecta, la imagen original, la imagen divina. La imagen creada en la meditación es la única que adquirirá validez en la meditación. No podemos tomarla prestada, debemos crearla. En esta creación se excluyen automáticamente todas las demás imágenes. Toda la tecnología que se desarrolla en los ejercicios tiene un único objetivo: la imagen perfecta, pues las señales de Dios aparecerán en ella y por ella. La imagen se convertirá en lenguaje y volverá al dominio público.

La imagen pura, la imagen original, entrará en el dominio público si entra primero en el cuerpo material del ejercitante. Este cuerpo material se dispone siempre de frente a la escena, a la imagen que se ha de imaginar. Pero este cuerpo material es un cuerpo fluido, por medio de la imaginación: un esclavo en la Natividad, un caballero en los Dos Reinos, un pecador ante la Cruz; o puede cambiar de tamaño si se le compara con otros hombres, con los ángeles, con Dios (Ejercicios, 58); puede convertirse en una sabandija merecedora de «muchos infiernos» (Ejercicios, 60); o en el templo, imagen de Dios, animado por Dios, sensibilizado por Él (Ejercicios, 235).

Técnicamente, no obstante, este cuerpo material fluido del ejercitante se desmiembra por el acto de imaginar. Ignacio concibe la imaginación como un acto de desmembrar los sentidos a base de hacerlos funcionar aisladamente, uno tras otro, en la creación de la imagen.

Se dispone al ejercitante ante una escena y se le pide que haga su propia «contemplación viendo el lugar». Se le pide que forme la escena con detalles minuciosos; el camino, cómo es de largo, ancho, llano, si transcurre por valles o montes; la cueva: cómo es de grande o pequeña, de alta, de baja, con qué mobiliario (Ejercicios, 112). Que imagine el infierno, su anchura, largura y profundidad (Ejercicios, 65), o las Tres Personas Divinas (Ejercicios, 102), o a María montada en un asno, o a José tirando de un buey (Ejercicios, 110). Pero para Ignacio la imagen no es por si sola la fuente de los signos. La imagen se evoca para llamarlos a la memoria. El nacimiento mismo de los signos o del sistema de signos no se produce hasta que el ejercitante pasa, por medio de la imaginación, a «leer» la imagen a través de su propio sensorium desmembrado. La imagen perfecta, la imagen solitaria, la imagen divina, se pone en movimiento por medio del movimiento sensorial de los sentidos del ejercitante al aplicarlos, de uno en uno, a la imagen. Cada sentido tiene que «leer» la imagen para que esta se convierta en una mediación de signos. La eficacia de la imagen se hace posible a condición de que el sujeto se mantenga ausente, huidizo, como una unidad fija, en el acto de imaginar. Lo que se le pide que haga, en cambio, es prestar a la imagen vista, sonido, olor, tacto, movimiento. La imagen ha de llenarse por su lectura por parte de cada uno de los sentidos. El ejercitante vitaliza la imagen por medio de su propio sensorium desmembrado. Cada sentido debe leer la imagen por separado; cada sentido debe sensibilizar la imagen por separado; cada sentido debe leer/escribir su propio movimiento en la imagen por separado. Lo que se hace por la visualización debe repetirse por el oído, el olfato, el tacto, el movimiento. Esto se aplica a los ejercicios sobre el infierno, la Natividad, la Cruz, la Resurrección... en suma, a todo ejercicio en que se han de imaginar imágenes.

Es el ejercicio de imaginar lo que hace posible la aparición de los signos y la articulación de ambos como un lenguaje. Las imágenes no hacen nada por sí mismas. El ejercitante debe aplicarlas, leyendo/escribiendo sensaciones en ellas. En su etapa preparatoria, la imaginación es una tecnología que, si se ejecuta en toda su pureza, proporcionará signos y se articulará a sí misma en un lenguaje. También forzará la aparición de los signos sensibles en el acto de sensibilizar la imagen de meditación. En consecuencia, y por ser una tecnología incorporada, también desensibilizará a los sujetos hacia sus unidades y apegos primitivos, a la vez que los sensibiliza hacia las sensaciones nuevas y frescas. La imaginación, por tanto, con su organización preliminar de los actos diarios, las memorias y la sensibilización de imágenes, es la tecnología primaria por la que aparece y puede ser articulado un lenguaje/texto. Sin este texto primario escrito en el cuerpo humano, esta tecnología de la habituación, no aparecerán los signos ni el lenguaje de su articulación. La tecnología primaria es, pues, el

origen causante de los signos, de los sistemas diacríticos de los signos que han de ser leídos. La lectura de estos signos tendrá varios lectores: el ejercitante, su director o confesor, su guía espiritual, quienquiera que esté formado para leer un texto de esta clase. El lector o lectora debe conocer la tecnología primaria y el texto primario, y debe ser experto en la lectura de los signos. Debe ser capaz de leerlos aunque él no sea el autor del texto primario ni el lector/escritor de la tecnología primaria. Si se cumple esta condición, el texto primario y la tecnología primaria no sólo producen un lenguaje, sino también la posibilidad de su articulación, ya sea como articulación privada para un guía espiritual, o como articulación pública para el dominio público.

## Conclusión

Aunque esta tarea hermenéutica está inconclusa, debe ser lo bastante sugestiva como para animar a todos los interesados en unidades más profundas que las amabilidades teológicas a buscar un modo de hacer posibles unas comunidades interreligiosas en las que se ofrezca a todos unas formas de meditación serias y dedicadas.

Las tecnologías humanas se dividen en dos grupos: unas siguen la imagen del modelo pecador-Salvador, en el que el individuo apenas tiene lugar para hacer nada por su cuenta, pues siempre está a merced del «acatamiento» de un código ético que le dicta este modelo.

Existe, por otra parte, el modelo Avatara-místico; el individuo aplica tecnologías que infunden conocimiento en su cerebro y le permiten incorporar el paradigma humano en su marcha. La guía es aquí la Ética del Corazón, y la formación está dirigida a capacitarnos para elegir de entre lo posible (dharma) que tenemos delante, lo mejor, por hábito, tal como propuso Platón y otros textos hindúes anteriores a él, y tal como se encuentra en la literatura mística de los Ejercicios Espirituales de Ignacio y otros místicos.

Antes de que Ignacio escribiera sus Ejercicios, la tradición hindú ya había imprimido el paradigma en la especie humana con las prácticas de los yogas del Bhagavad Gita. Krisna se desplaza por los caminos neuronales del hemisferio cerebral izquierdo para distanciarse del trauma de Arjuna, y pasa a las comunidades de las prácticas del hemisferio cerebral derecho, incorporándolas hasta llegar al punto en que, en el capítulo once, muestra al asombrado Arjuna sus geometrías sin las formas Arjuna, tan amado o temido, o con las formas ya destruidas. Kalo'smi: yo soy el Tiempo, proclama Krisna; yo soy todo lo que puede ser un hombre, ahora... y también lo puede ser tú, si aprendes a tomar decisiones. Naturalmente, la Tradición hindú no tiene que tratar con el modelo del pecador-Salvador, pues en esta Tradición, desde el Rig Veda, todos los dioses están «de este lado de la Creación», como proclama el Rig Veda, y el manas (la mente) no es una facultad, sino un sentido más.



Así pues, en fin, aseguraos de que vuestros ejercicios se corresponden con vuestras conexiones neuronales y centros cerebrales disponibles, contened vuestra fantasía, anulad vuestro hemisferio cerebral izquierdo hasta que dejéis la meditación y traducid todo lo que os haya pasado en ella a prosa corriente, o a poesía, o a un sencillo poder para tomar decisiones. Hay dos caminos, aseguraos de encontrar el que conduce a las tecnologías del corazón.

## Bibliografía

De Nicolás, A.T. (1986) Powers of Imagining: Ignatius de Loyola. State University of New York Press, Albany, Nueva York, EE.UU.  
(1976, 78, 2003) Meditations Through the Rig Veda. Shambala, Boulder, Londres, Nicolas-Hays, iUniverse.com.  
(1990,2004) The Bhagavad Gita, Nicolas-Hays, York Beach, Maine, EE.UU.  
(1989,1996) St. John of the Cross; Alchemist of the soul. Nicolas-Hays, York Beach, Maine, EE.UU.  
(1976, 2003) Avatara: The Humanization of Philosophy. Nicolas-Hays, Maine y Nueva York, EE.UU.  
Nota: Meditations y Avatara estarán disponibles en pantalla en iUniverse.com y online.